

REVISTA CASTELLANA

LITERATURA ■ HISTORIA ■ CIENCIAS ■ ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 & 6.—VALLADOLID

DE CASTILLA

La huerta de los frailes

(Al R.^{do} P. Gregorio de la Virgen
del Carmen, C. D. Prior del Convento
de Toledo.)

Y la polémica ha llegado a su periodo álgido, violento. Estoy en vergonzosa minoría, que diría un demócrata al uso. Todos son germanófilos; yo, aliado—Dios entregó el mundo a las disputas de los hombres y no es un dogma de fe desear la victoria de Alemania—. Salen los argumentos *ad hominem*; niego el derecho de opinar a los que no saben de cuántos Reinos y Ciudades se compone la Confederación Germánica, a los que no aciertan con el sitio donde cae exactamente Sajonia, a los que no han tenido tiempo de leer una página de Kant.

Don Pascual, el más furioso, habla de Italia, de la traición de Italia: —Cirici Ventalló dice hoy en *El Correo Español*...

Me levanto. ¡A la huerta de los frailes! La tarde es plácida, tranquila. Ni una nube en el cielo. Por los altozanos de Otero, el sol se esconde entre un celaje de púrpura. Unos chiquillos golpean furiosamente un cajón de madera que hay a la puerta de un comercio; en la Puerta del Río, el mágico paisaje de la vega está perdiendo sus colores mansos en esta hora crepuscular. Suena el traqueteo incesante de la Aceña del Puente; pacíficos ciudadanos—obreros, alfareros, sastres, empleados de consumos—contemplan las aguas quietas del río con arrobamiento... Gano la calle de San Pedro, fuerzo por la calleja que da a la plazoleta de las Madres. Algun forastero, acompañado de un carmelita, está contemplando las reliquias de Teresa de Cepeda. El hermano Daniel me sale al encuentro:

—¡Buenas tardes!

—¡Hola, buenas tardes!

—¿Y los Padres?

—Arriba, en el coro...

—¡Voy a la huerta!

—Muy bien. ¿Quiere un vaso de agua fresca del aljibe?

—¡Ya lo creo!

El agua fresca, la huerta... Llevo siempre un libro conmigo. *Los Avisos* de la Madre Teresa. *I Fioretti* de San Francisco de Asís. *La Vita nova* del Alighieri. Hoy, *Al márgen de los clásicos* de este querido maestro y amigo mío que se llama *Azorín*, al que debo tantas y tan sutiles sensaciones estéticas. La huerta es pequeñita. Parras, flores, lechugas. Un colmenar en el rincón de la izquierda. La mole del Castillo al Sur. Los balcones del colegio de las Siervas de San José fronteros a la puerta de entrada. Silencio, paz. Allá, a lo lejos, se oye el vocear de los chiquillos en la Plazuela de la Leña, en la Plazuela de Colón...

Esta huerta de los frailes se llamó en el año 68 el *paseo de Prim*. Hubo en el convento un cuartel; luego escuelas públicas. En lo que es hoy refectorio, Julián Sánchez Ruano tronó contra los Reyes, contra las Monarquías. El pueblo soberano ahogó los párrafos del orador con los compases del himno de Riego. Dos charangas a la vez tocaban el himno de la libertad; Sánchez Ruano contaba que desde aquel día le dejó de gustar el consabido himno:

¡Viva Prim, viva Serrano,
viva Emilio Castelar,
viva Pinilla, viva Ruano
viva, viva la libertad!

Aquí se educaron los chiquillos que hoy pasan de los cuarenta, con Sánchez Llevot. En estos bancos de la huerta, por las tardes, se hacían el amor nuestros papás. Luego en el 78, en el 80, el venerable Señor Obispo Martínez Izquierdo, de grata recordación, logró del Estado aquel edificio para Residencia de frailes carmelitas descalzos. Habrán de dedicarse estos, sobre todo, a dar el mayor esplendor a los cultos teresianos. Los compases del himno de Riego huyeron de vergüenza ante los humanos versillos del *Miserere*, ante las encendidas loas de los *Laudes*, ante las serenas y litúrgicas exclamaciones del *Tantum ergo*... Y el amor huyó de estos bancos para que los frailecicos pasearan con el breviario. Una vez salieron del convento; cuando el cólera... Curaron los enfermos, enterraron a los muertos con faz serena y tranquila...

*

El libro de *Azorín*. Las abejas zumban en los colmenares. Aspiro con deleite la fragancia de una rosa. Las mangas de riego empapan los patatales, las rosaledas; la tierra apelmazada y negra bebe con ansia

en esta hora de placidez. Del coro viene un grato rumor de salmodia, El Padre Manuel, el organista, hace primores en el teclado, llorando las tristezas de David. Se oye el rumor, cada vez más apagado, de un coche que se aleja...

El libro de *Azorín*: «Romances, viejos romances, centenarios romances, romances populares: ¿quién os ha compuesto? ¿De qué cerebro habéis salido y qué corazones habéis aliviado en tanto que la voz os cantaba? Los romances evocan en nuestro espíritu el recuerdo de las viejas ciudades castellanas, de las callejuelas, de los caserones, de las anchas estancias con tapices, de los jardines con cipreses. Estos romances populares tan sencillos, tan ingenuos, han sido dichos o cantados en el taller de un orfebre...»

El romance:

*Apenas era el Rey muerto,
Çamora ya está cercada...*

El libro: «...*A quien conmigo va*. ¿Dónde? ¿Hacia el mar infinito y proceloso? ¿Hacia los países de ensueño y de alucinación?...»

El romance:

—*Por Dios te ruego, marinero
digasme ora ese cantar.*
—*¡Yo no digo esta canción
sino a quien conmigo va!*

Nada más.

El libro: «Llega hasta el calabozo el canto de una avecilla; cuando esta avecilla canta, el prisionero sabe que ya en el mundo es de día y que los seres, las plantas, las cosas—¡todos menos él!—gozan de la luz del sol...» Pero la avecilla ha muerto; ya no canta a la puerta del calabozo; oid el romance:

*Matómela un balletero.
¡Déle Dios mal galardón!*

La campana de San Pedro tañe al anochecer...

*

Campana, vieja campana, campana de bronce de mi parroquia: ¿qué artífice te fundió? ¿Cuántos siglos hace que cantas desde lo alto del campanario? ¿Cuántas veces has doblado por los muertos? ¿Cuántas, repicado de alegría en las bodas? ¿Cuántas, con tranquilo gozo, has anunciado la muerte de los niños? ¿Cómo recibe la vega tus tañidos? ¿Qué le dices al despertar? ¿Qué confidencias la murmuras a la caída de la tarde? Campana, vieja campana, campana de bronce de San Pedro: ¿por qué no me dices todos tus secretos, todas tus esperanzas, todas tus amarguras?

¡Campana, vieja campana..! También tu tañido tiene recuerdos hondos en mi existencia. ¿Te acuerdas, verdad? Doblaste una tarde del mes de Abril; era yo estudiante... Y el año pasado también, una mañana fría de Enero. Campana, vieja campana: ¿qué dolores me reservas, qué alegrías me preparas, qué amarguras me harás sentir de nuevo?

Campana de San Pedro: desde aquí, desde la huerta de los frailes, en un ambiente cargado de perfumes, oyendo el rumor del agua que empapa la tierra sedienta, tu tañido es más puro, más vibrante, más... *consolador*. ¡Solamente los poetas y los niños sabemos lo que dices y lo que callas!

*

Las ocho y media. Los frailes hacen su colación. Va siendo noche cerrada; en el cielo, blanquea el caminito de Santiago. Hay un rumor de fiesta, de júbilo, en esta noche radiante de Agosto:

*Noches para el amor,
para la rumia de las grandes ideas...*

—que decía el pobre Gabriel y Galán—.

Y salgo de la huerta. Ya no me acuerdo de los alemanes, de los aliados. La campana de San Pedro ha tañido tristemente esta noche, porque presentía la muerte de miles de hermanos nuestros, allá, en los lejanos campos de batalla. ¡Señor, Señor: acoje en tu seno a todos los soldados que mueren besando su bandera y bendiciendo a sus hijos; que todas la patrias son iguales, que la Tuya es común a todos los hombres, Padre Celestial!

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

Bajo la niebla

T

odo es misterio en los campos
dormidos bajo la niebla...

El relente de la noche
dejó al pasar en la yerba
gotas de rocío..., lágrimas
transparentes como perlas...

Se adivinan los pinares
soledosos..., se oye cerca
cantar al río una triste
sonata rítmica y lenta...

Y del valle húmedo y hondo
lo mismo que de las tierras,
hasta el alma sube una
gris impresión de tristeza,
algo así como una suave
impresión de cosas muertas...

Todo es misterio en los campos
dormidos bajo la niebla...

Misterio es este silencio
rumoroso, y esta lenta
canción del río, y misterio
esta impresión de tristeza
que sube del valle mudo
lo mismo que de las tierras
hasta el alma, como un suave
perfume de cosas muertas...

Y los árboles sin hojas
llorosos..., y las aldeas...
hermanas buenas y humildes
de hogares blancos que humean...

Y este deseo, este anhelo
de soñar bajo la niebla
con un hogar apacible
y una mujer que nos quiera...

¡Hogares blancos!... ¡Nidales
amorosos!... Mi alma sueña...
Todo es misterio en los campos
dormidos bajo la niebla...

EMILIO SEGOVIANO

Un pueblo

La carretera desciende bruscamente hacia el llano estiviéndose entre un doble muro de espesos pinares.

De vez en vez, destaca en la campiña la blanca nota de una casa de labor circundada de los puntos de oro de los pajares.

Cruzan el valle anchas franjas de verdura formada por los barcales de legumbres, por los maizales, ya altos, ufanos, muy verdes, de un verdor fresco, chillón; luego, cintas de tierras sangrientas, otras amarillas y simétricamente colocadas en ellas, las gavillas de trigo,

aguardando a que el beso del sol termine de dorarlas con esa pátina de oro viejo de los trigos recién segados, ya secos.

Se advierte la línea del río porque a su borde se alza en un alarde de exuberancia áspera arboleda de álamos y de plátanos de enormes y redondas copas. Y esta línea es ininterrumpida, perdiéndose en el confín del valle, allá, en el fondo, tras unos montes cubiertos de pinares que parecen abrirles paso.

La carretera sigue trasponiendo pequeñas colinas, siempre hacia abajo y sombreada de plátanos, pero éstos no son tan ufanos como los de la margen del río, están sus troncos y las ramas, blancuzcos por el polvo del camino, y parecen envidiar con su raquitismo el alarde de savia que ostentan sus hermanos.

Hasta las casas que se alzan junto a la carretera tienen un aspecto más triston que las que destacan entre el valle, y sus paredes son de ladrillos amarillentos, sin encalar. Únicamente alguna enredadera de campanillas que se entrelaza en las cañas de las glorietas, parece querer alegrar un tanto con sus florecillas de un azul oscuro aquella visión de tonos secos producida por el incómodo vecindaje del caminal.

Se cruza el río, cuyo lecho, pedregoso, de diversos matices, está al descubierto; junto a una de sus márgenes corre mansamente una vena de agua. Cruzado el río, la carretera se pronuncia en cuesta, y a su final aparecen las primeras casas del pueblo, una calle prolongación del camino, más bien: las casas se alzaron a su borde, pues son casi todas de construcción moderna.

El pueblo está asentado en la ladera de una colina sobre la que se alzan las ruinas del castillo. Las casas se escalonan, apretujándose unas a otras; parecen tener empeño en aferrarse a las rocas del monte, y estirándose, agazapándose, pugnan por subir, arriba, arriba, hasta los propios fosos del castillo, que no teniendo ya fuerzas para contener aquella avalancha, hoy se dejó cegar un foso, mañana derruir un muro y así, paso a paso, hasta que sólo quedó de su antiguo poderío y pujanza cuatro paredones negruzcos, carcomidos, y un torreón en que lucen aun las graciosas líneas de unas ojivas. Aquel pueblo, cruel, ha ido destruyendo día por día lo único que podía dar fe de su antigua grandeza. Y entre aquellas casucas, como animándolas en su avance de conquista de la colina, se yergue la torre cuadrangular de la Iglesia Mayor, y bajo ella, el globo de la cúpula, inmensa, muy roja, refulgente de luz a aquella hora en que el sol, también sangriento, hiere las losetas que la cubren.

La parte nueva del pueblo es la que se alza a ambos lados de la carretera; allí las calles son rectas, de casas bajas, pero pintadas de tonos claros, la mayoría blancas con franjas azules y añil en las puertas y en los ventanales; están sombreadas por castaños y acacias, esas acacias pequeñas, de densa copa y muy verdes.

El barrio antiguo comienza al pie de la colina y asciende por ella rodeando la Iglesia mayor: parece no tener otro objeto. Las calles son

retorcidas, como en espasmo de dolor por su vecindad y miseria; las casas toscas, ennegrecidas, empedradas de guijos; de vez en vez, se halla una casa de señorial apariencia: ésta tiene aun más lúgubre aspecto que las otras, porque el portón, muy grande, está siempre cerrado y las rejas y baranda de la balconada, de forjado hierro, están llenas de herrumbre y en la acera, al pie de la casa y en el alero y en el blasón que hay sobre el dintel de la portalada, crece una hierbecilla menuda, amarillenta.

El pueblo tiene dos casinos, «El Ideal», y «La Margarita»; «El Ideal» es el centro de los republicanos, «La Margarita» el de los adeptos al Pretendiente. Es un misterio el número de socios con que cuentan ni los recursos con que contribuyen a su sostenimiento, porque no hay recuerdo de que en espacio de diez años se haya celebrado reunión alguna, pero es lo cierto que ellos viven, es decir, que en ellos viven dos hombres que llaman conserjes y sirven café a cuatro individuos que concurren, dos por casino. Están establecidos en la Plaza Mayor.

La Plaza Mayor es bastante ancha, irregular, con soportales; hay un café y unas cuantas tiendas; una confitería, la farmacia, un sastre.

Este pueblo tan triste, tan hosco, vive una vida gris y amodorrante; sólo un día al año se obra el milagro de su resurrección. Es por las ferias. Las ferias son en Agosto, cuando el sol hace gemir la tierra al beso ardoroso de sus rayos.

Una mañana, casi de amanecer, llegan al poblado unos hombres flácidos, desmedrados; en sus rostros se lee el vicio, el hambre, la miseria.

El vecindario acude a recibirles, las más de las veces con música, y en las ventanas y las puertas asoman rostros curiosos, y los chiquillos —muchos van descalzos— hacen cabriolas ante los visitantes y pugnan por acercárseles y tocarles, cual si fueran cosa santa. Es que en sus almas despierta el culto a lo heroico, porque aquellos hombres tan endeblés, tan míseros, serán los héroes de aquel pueblo, ellos tendrán la virtud de hacer revivir por un solo día el espíritu soñoliento de sus habitantes.

Y llega la tarde de aquel día, caliginosa, pesada, amodorrante. El sol bate con furia en la ancha plaza, que ha sufrido una rara transformación.

Ante los arcos, formando valla, han colocado carros, montones informes de madera, toda suerte de obstáculos; lo propio en las esquinas de las calles que desembocan a la Plaza.

Y sobre los carros, sobre las maderas, en todos los balcones, se apretujan las gentes, que gesticulan y vociferan.

Un clarín anuncia el comienzo del espectáculo; se abre una valla y con ímpetu, en carrera, asoma el foro.

Cual si aquella masa de carne, formada por varios centenares de individuos, no tuviera más que una sola boca, resuena en el espacio un solo alarido, ensordecedor, inmenso.

La fiera alza la cabeza cegada ante la luz intensa, y entonces la multitud enmudece. Es un instante; luego, recrudece el griterío.

En el redondel hay seis u ocho hombres: son los que llegaron por la mañana; ahora visten ropas de vivos tonos que tienen rebrilleos de lentejuelas. Llevan un paño rojo o verde o gualda y le apretujan en un crispamiento nervioso.

Sus rostros están más pálidos, más flácidos que por la mañana.

Están indecisos, temerosos, cohibidos ante la fiera; en sus pobres ánimos de hambrientos, de desheredados, surge el miedo, el miedo invencible al choque brutal.

Y entonces es cuando aquella multitud formada por hombres vigorosos, sanos, fuertes; por mujeres que tienen en los ojos el rebrilleo del ansia; por chiquillos que se revuelven inquietos, estalla de nuevo en un clamor unánime, en una sola injuria contra los cobardes, y éstos, espoleados por un nuevo temor, el temor a la furia de los espectadores, avanzan hacia la fiera desplegando el lienzo rojo, verde, gualda...

Y el clamor salvaje se torna tableteo de aplausos, de aclamaciones, de vítores. La multitud se agita, bulle, vocifera, gesticula, enloquece de entusiasmo, se enardece ante la escena de dolor, el alma toda de aquel pueblo despierta en espasmos de histerismo y crueldad.

.....

Al siguiente día, la plaza ha recobrado su habitual aspecto. Los habitantes del pueblo, como autómatas, reemprenden su vida ñoña, cansina. Las campanas de la Iglesia Mayor suenan en vibraciones largas, pausadas, al amanecer y en el crepúsculo, llamando a oración.

LUIS G. MANEGAT

Barcelona, 1915.

Estancias

Desde tu hogar, hermosa prometida,
¿recuerdas a tu amado peregrino
que en el dolor ingrato de la vida
lo dejaste a lo largo del camino?

Por la fuerza de imán de su destino,
con la esperanza del vivir perdida,
mira su nave como va impelida
al vórtice fatal del torbellino.

Musa de sus más íntimos anhelos;
para ti son sus cuitas y sus celos.
Pero si de sus lágrimas te mofas,

te clavará el puñal de la ironía
arrojando a tu espíritu de harpa,
como un lírico insulto, sus estrofas.

.....

Tristeza de las noches tropicales,
bajo el trémulo beso de la luna,
en las que los cocuyos fingen una
danza de luz en los cañaverales.

Con sus verdes pupilas funerales
que brillan en su piel lustrosa y bruna,
dan al paisaje sensación moruna
de pasadas grandezas orientales.

¡Oh las noches azules de verano,
paseando a caballo por el llano
y oyendo en la distancia el ulular

de los perros de próximos bohíos
al volver de algún baile del lugar
engolfado en recuerdos y amoríos!

A los toros

El sol irradia con triunfales oros
en la tarde sangrienta y amarilla,
y desborda la dulce manzanilla
en vasos cristalinos y sonoros.

Fulgulan al pasar los ojos moros,
bajo la negra y clásica mantilla,
y al compás de una alegre seguidilla
gritan todos los labios: ¡A los toros!

Brillan los alamares y caireles,
y el tintineo de los cascabeles
evoca en el paisaje tropical,

a la España gentil de los abates,
de los hidalgos y de los combates,
galante, aventurera y medioeval.

.....

Al son del pasodoble, aquella ola
humana, ebria de sangre ruge y chilla;
y ante la multitud por quien se inmola
desfila por el ruedo la cuadrilla.

Es la fiesta de luz más española,
la que evoca las ferias de Sevilla;
garbo andaluz, majeza de manola
y justas y torneos de Castilla.

Suena el clarín con bélico alarido,
y sale el toro inquieto y aturdido
tremolando la moña nacional.

Hay en las manos un mariposeo;
en las negras pupilas un deseo;
en los labios en flor un madrigal.

.....

La res incauta la cerviz humilla,
descubriendo en la cruz su propia muerte;
el diestro quiebra un poco la rodilla
y ejecuta entre vítores la suerte.

La puñalada que es mortal se advierte,
remata su victoria la puntilla.
Cae a sus pies el animal inerte
y la arena de púrpura mancilla.

Aplausos, emoción, risas y flores...
Igual que a los antiguos gladiadores,
coronan las hermosas sus arrojos.

Y lucen como clásico tocado,
los largos flecos del mantón terciado...
mantillas blancas y claveles rojos.

MANUEL GONZÁLEZ-BLANCO

Habana, Junio, 1915.

Reacciones del espíritu

Las ásperas laderas de *Yebel-Mart*, esmaltadas por *skumas* y pedruscos, tenían irisaciones metálicas al beso delirante del sol. El eco devolvía pavorosamente el tableteo de las descargas fusileras, y el *tacátac* de las ametralladoras. La tropa esperaba órdenes en la intervención bélica, que había comenzado muy de mañana, y los soldados de reserva, sin romper la formación, sentados a la usanza árabe, inclinaban hacia los ojos el *salakof*, y sostenían entre las manos sarmentosas su mejor compañero en las andanzas de la guerra: el mauser.

Son horas de impaciencia y misterio, aquellas en que el pensamiento vuela sobre los sentidos y adivina lo que ocurre lejos, cuando el fragor de la pelea con sus alternativas, lleva en el aire invisibles juicios, cuya exactitud se aprecia, sin dudas ni vacilaciones, por una multitud que espera.

¡El ansía de noticias! Un soldado viene sobre una camilla. Le tapan con una sombrilla roja, como amapola, en un campo desolado de maldición, y el curtido rostro da la semejanza de una visión dantesca. De sus labios secos salen breves palabras, que no modifican las apreciaciones sugeridas. A poco de comenzar el combate, una bala le tumbó en las guerrillas, y con la cura provisional regresa a la retaguardia.

Arrecia el fuego y sus intermitencias breves se enlazan con el bronco ruido del cañón, que lanza al espacio unas nubecillas algodoadas que al dilatarse se rompen en lluvia de plomo.

Y a la esperada orden de avanzar, siguen las voces enérgicas de «en pie», y «de frente». La quietud de diez horas, y el aplanamiento de un sol que exalta, ha entumecido las piernas que al iniciar la caminata y atacar con premura las torrenteras de *Tafarat* y *Dar-Bisán*, se muestran torpes y vacilantes. El fuego enemigo se siente cerca, y se palpa, cuando el proyectil audaz y silbante rompe su trayectoria en chasquidos contra las piedras de una cerca que guía a la columna.

Se dejan a un lado unos sucios regatos y abrevaderos, donde los galápagos remueven su caparazón terroso; árboles olorosos, que se hermanan con naranjos y limoneros, cuyos frutos apalean furiosamente unos soldados; reatas de acémilas, portadoras de agua y municiones, para la primera línea...

La tropa de refresco ha comenzado a disparar sus armas sobre unos grupos ebrios, que muestran acerbos perfiles de águila, y corren de un lado para otro de la arenisca playa, donde unos briosos équites dieron una valiente arremetida.

Momentos después, el crepúsculo musulmán, rápido como una aparición, señala las sombras precursoras de la noche, y entonces los espectros de una alucinación oriental adquieren formas vívidas, fortalecidas por los gritos salvajes de la morisma, y el fuego que alumbrá con sus destellos frágicos la noche bendita del Ramadán.

* * *

La luz del nuevo día coloreaba un horizonte de paz. En el fondo de un agreste vallecito, y al abrigo de unas toscas viviendas rirafas, que abrazan la hiedra y la chumbera, se instaló el hospital de sangre. En un rincón dormían fríos y rígidos los cuerpos de los héroes, cubiertos por mantas de *munición*. Los heridos en camillas y artolas, destacando sobre sus miembros destrozados los vendajes sanguinolentos, esperaban resignados la marcha del convoy.

Algunos de los soldados, que bravamente combatieron muchas horas, ante el cuadro silencioso de dolor, consecuente siempre a las duras jornadas de la guerra, se tornaban pensativos y místicos. La vida entonces debía aparecer con esos tintes rosados de la esperanza, feliz aurora que sucede al peligro pasado, y cuyos efectos se muestran luego con una realidad aplastante. Es la psicología del combatiente, su carácter impresionable, que se envuelve en ráfagas fenicadas, como antes en otras de fiebre y pólvora.

Ahí de los estimulantes, de los reactivos, de las dosis energéticas, que atajen el mal, que corten sin piedad, que levanten unos espíritus momentáneamente abatidos, y que sean diques potentes ante el desbordamiento de una pasión peligrosa. La receta siempre se encontró en el mando. Imposición del deber, a la obligación. Porque la obligación puede ser limitada y común a todas las personas a quienes comprende, pero el deber es ilimitado y particular, y debe ir amparado por un poderoso campeón: la conciencia.

Decía Smiles en su obra *Self-Help* que la voluntad firme en el hombre, impele e inflama su espíritu y la conciencia de los demás; los inclina a su manera de ver el deber; los arrastra consigo en sus esfuerzos para proteger propósitos dignos, y dirige la opinión para la supresión del error y el establecimiento de lo justo.

El hombre de voluntad firme imprime a sus actos, haciéndose en él habitual, la perseverancia energética.

Y es que en un ambiente de paz, la vista del dolor impresiona a los hombres cuyos sentidos se embotan. Los irracionales también están tocados de ese recelo tímido. Unos caballos, en cierta ocasión, se resistieron a avanzar por el fatídico Barranco del Lobo, al ventear los muertos, cuyas momias amojamadas les infundió el mayor espanto.

Infiltrando, pues, en la sangre unos adarmes de energía, se transforman los hombres. Vuelven al heroísmo y al buen humor, despierta en ellos la clásica entereza y la resistencia física, al aleteo del ejemplo y del carácter, energía que se eleva en todas las circunstancias de la vida.

Puede el caudillo de la esperanza perdida caer en la orilla, pero su cuerpo será el puente por el que penetren los luchadores al triunfo...

Y así, alegres y duras, custodiando un convoy de más de cien bajas, fueron desapareciendo quedamente las terrosas siluetas humanas por entre los silvestres lirios de Dar-Bisán, cara a lo desconocido, y bajo los rayos centelleantes del sol africano en su oración diurna, musitada en cercanas encrucijadas por los cobrizos labios árabes, y cantada a pleno pulmón por unos soldaditos, que en las marchas penosas del *vivac*, y en los trances peligrosos del combate, decían siempre con sus oficiales:

*Adelante, Cazadores,
nobles soldados de España,
que a nuestro frente flamea
la bandera de la Patria.*

JOSÉ A. YAQUE

Mi Patria

Cielo azul de indecible transparencia,
 montañas que le besan a porfía,
 noches que copian el fulgor del día,
 selvoso mar, volcanes de ignescencia;
 Mujeres que retratan, con sapiencia,
 en sus ojos, del cielo la alegría,
 en sus labios, frescor y poesía,
 y en sus pechos, de cráteres la ardencia;
 Nidal de genios, cual Mejía, grandes;
 pueblo que anida entre los nívocos Andes,
 que viste de esmeraldas la pradera
 y con flores ubérrimas la aroma,
 tal es mi Patria, que del iris toma
 triple matiz y fija en su bandera.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Quito (Ecuador), 1915.

Canción del Cementerio humilde

Cementerio de aldea, cementerio
 humilde, triste, pobre y solitario:
 eres el santuario
 fervoroso del trágico misterio...

Cementerio que apenas tienes cruces
 y estas cruces de palo, tan pequeñas...
 Cementerio que sueñas
 morir en un crepúsculo de luces...

Cementerio que guardas el tesoro
 del alma de pasados campesinos,
 ¿a tu silencio de oro
 no llega la canción de los caminos?

Cementerio situado a las afueras
 del pueblo, entre el verdor de los sembrados,
 con tapias blanquecinas: ¿es que esperas
 tener en ti los siglos enterrados?

Ni cipreses, ni lápidas, ni ramos...
 Los sepulcros sin losas y cubiertos
 de hierba; tan cubiertos, que ignoramos
 donde están enterrados nuestros muertos...

Cementerio en el campo, tus canciones
 se desfilen en trinos,
 en música de arroyos... ilusiones
 de ensueños cristalinos...

Mi ilusión está en ti. Sólo deseo
 morir bebiendo todos tus aromas
 y que roce mi frente un aleteo
 divino de palomas.

Y ya, cuando mi rostro esté amarillo,
 ser humilde en tus hierbas enterrado,
 ser, como tú, sencillo...
 ¡ser, como tú, ignorado!

FRANCISCO GÓMEZ MOLLÁ.

Las diligencias

EVOCACIÓN

Las diligencias han constituido, en épocas ya pasadas de nuestra vida, una de nuestras más queridas ilusiones. ¿Quién no ha sentido de niño esa emoción de franca alegría, al ver dibujado en un papel un coche grande, arrastrado por doble hilera de caballos? ¿Quién no se ha henchido de gozo al contemplar en un libro pequeño, desencuadernado—el *Juanito*, el *Catón*—el grabado de una diligencia que dejaba en la carretera una nubecilla de polvo? ¿No dijeron nada, no hablaron nada a nuestra pupilas inocentes—negras, azules—el galopar juguetón de los caballos y el esgrimir del látigo por el cochero en el aire? Tal vez nosotros, en una mañana de invierno, al levantarnos de dormir y al asearnos para ir al colegio, cogimos en nuestras manos un librito que había en la mesa. Acaso también recordamos que, mientras tomábamos el desayuno—mohinos, entristecidos—desfloram las páginas del libro, suavemente, con un dejo de amargura.

Afuera, en la vieja plazuela, las acacias estaban blancas por la nieve. Caían los copos lechosos lentamente; se fijaban en el balcón, en unas macetas; iban poco a poco empañando los cristales. Y si recordamos

bien, acuden a nuestro espíritu, confusa e incoherentemente, una multitud de detalles, que llevan consigo la presencia de seres, de cosas que han desaparecido de nuestro lado, que se han esfumado en el tiempo. Nos acordamos de la criada que nos servía el desayuno, del gato con quien jugábamos y hacíamos copartícipe de nuestro yantar, de un cuadro, de un viejo reloj de pared que, cuando daba las horas, salía un cuquito por una ventanilla y repetía: *cu-cu, cu-cu...*

Recordemos esos momentos de la infancia; volvamos la vista al pasado, y figurémonos el momento en que hojeando las páginas de nuestro manual, inesperadamente tropezamos con una diligencia. Acaso en esa diligencia iba Juanito; iría entristecido, lloroso, por haberse despedido unas horas antes de su prima—Rosa, Margarita, Nieves—y haber escuchado palabras de emoción. Afuera en la calle, se oía la voz de un vendedor, y los copos de nieve caían lentos.

Pero, lector, dejemos los libros y pasemos a la vida... Cerremos los ojos. Ya estamos en una posada esperando la hora de salir la diligencia. Este espectáculo es pintoresco y ameno. El tráfaigo continuo e inexorable de la vida ahí lo vemos reflejado, en un corralón empedrado de finos guijos, cercado de unas tapias embaldosadas de cal.

Larra, uno de nuestros ingenios del siglo pasado que más han sentido la poesía de lo pequeño y cotidiano, nos habla en uno de sus artículos—*La diligencia*—de las ventajas que por entonces ofrecía este medio de locomoción. En pocas producciones de este autor se verá un estudio de más completa observación y detalle. Los incidentes más triviales son recogidos y anotados por la pluma del costumbrista.

Al entrar en el portal de la posada, un letrero nos indica las personas que pueden permanecer en el local y la tarifa de todos los recorridos, con sus precios. El patio comienza a llenarse de viajeros: éstos tienen capa o capote, «aunque haga calor»; gorro y echarpé al cuello, los hombres, y papalina y otros adornos, las mujeres. Los acompañantes que salen a despedirlos se presentan «vestidos de ciudad, a la ligera». Hay a la derecha del patio una habitación, lugar donde descansan algunos viajeros. Media hora falta sólo, y en este tiempo se cambian entre acompañantes y viajeros las últimas palabras de despedida.

Son varios los tipos que se observan. Una niña que, «apoyada la mejilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas»; un militar que contempla impasible, un poco sonriente, los gestos y actitudes de los demás viajeros. Se le conoce en su mirar que ha recorrido ya mucho mundo y que sabe «las ventajas de la presión de una diligencia». Nuestro militar no ignora tampoco que, durante la marcha, «el amor sobre todo hace mucho camino en pocas horas». Hay también una bella que, al despedirse de un hombre, se enjuga unas lágrimas en un pañuelo diminuto, de seda. Y otro tipo muy original, que entra en el patio precipitadamente, y cuyos bolsillos van llenos de salchichón, para el camino, de paquetes ensogados, de petacas, de gorros de dormir.

Ya faltan muy pocos minutos. Un ruido ensordecedor inunda el corralón de la posada. Salen los caballos lentamente, dejando oír los sonoros cascabeles, a colocarse en su puesto, a hacer lo que hacen todos los días. Los viajeros acosan a preguntas al conductor, pero éste permanece inmune, sin contestar a nadie.

Se oye una voz que clama imperiosa: *¿Están todos? Al coche, al coche.* Se suceden los últimos abrazos; los hombres «tienen vergüenza de llorar y se reprimen, y las mujeres lloran sin vergüenza». Un francés se presenta de improviso a ocupar un puesto y pregunta estupefacto: *¿Tendremos ladrones?* Y quedan en comunión, en amigable consorcio, el militar, la niña mimada, un viejo achacoso que va a tomar aguas, la actriz que va a provincias, una vieja verde que, llena de cintajos la cabeza, hace fiestas a un loro...

Ruido de cascabeles, estremecimiento del suelo del corral, voces confusas, y la diligencia desaparece.



Mariano José de Larra escribió el presente artículo para hacer patente el progreso que en medios de locomoción iba adquiriendo España. Cuando el gran satírico discurría por las calles de Madrid en busca de materiales para sus escritos, dió con el patio de las diligencias, signo ostensible de adelanto. Pero pasan los años...

Hoy es probable que nuestro autor se sintiera emocionado al ver correr un exprés, que va dejando en el cielo una manchifa negra...

RAMÓN S. GRANGEL

Llanuras de Castilla

Las llanuras de Castilla,
las llanuras legendarias,
son a modo de un emblema omnipotente
que perdura con la raza...

Una tarde, tristemente
va el labriego comentando su desgracia;
y en la pena campesina
surge un Fénix de esperanza,
porque lucen las llanuras inmortales
de la noble tierra parda
el verdor de sus espigas, y el labriego
las bendice cuando pasa...

Peregrino de los campos
 el bohemio trovador dice baladas;
 y en las cercas del castillo
 la paloma del amor bate sus alas,
 porque muestran orgullosas
 las campiñas soberanas
 su indudable poesía, y el trovero
 las bendice cuando pasa...

Sollozando pesadumbres
 va el mendigo balbuciendo una plegaria;
 y en las horas de silencio
 son más nobles y más puras esas lágrimas,
 porque cuentan las estepas
 en promesa hospitalaria
 narraciones milagrosas, y el mendigo
 las bendice cuando pasa...

Temerosos, los soldados
 van al campo de batalla;
 y a la voz de la pelea
 un escudo de laurel brilla en las armas,
 porque brota de los llanos,
 bajo el sol de las cruzadas,
 una historia de conquistas, y el guerrero
 los bendice cuando pasa...

El cortejo de la Muerte
 silencioso y grave avanza;
 y es el fúnebre desfile de ataúdes
 menos triste, porque el alma
 desertora de la Vida,
 se albergó por las llanadas
 demandando compasión, ¡y hasta la Muerte
 las bendice cuando pasa!..

Las llanuras de Castilla,
 las llanuras legendarias,
 son a modo de un emblema omnipotente
 que perdura con la raza...

AURELIO BAY

Palencia.

Ante nuestro retrato

Como planta que cubre con sus hojas
 al árbol débil, corcovado y seco,
 y con sus flores delicadas, rojas,
 adorna de su negro tronco el hueco...

así tú, nieto mío, en santa calma
mi cuello adornas con tu tierno brazo,
y ocultas los pesares de mi alma
con las flores más puras de tu abrazo.

Yo soy el árbol carcomido y viejo;
tú eres la planta que me da sus galas;
ya está mi cuerpo como el tronco añejo;
el tuyo es angel de rizadas alas.

No apartes tu cabeza de la mía;
mi cuello abraza con cariño santo;
inúndame de amor que mi alma ansfa
¡ya que he sufrido en este mundo tanto!

Dame, dame calor, nieto adorado,
bésame con cariño como anhelo,
como se besa al sér que es mas amado...
como besan los angeles del cielo.

Yo soy el árbol carcomido y viejo,
tú eres la planta que me da sus galas.
Dame, dame calor, soy tronco añejo...
rózame, nieto mío, con tus alas.

ELOY GARCÍA

Anales del Teatro Español

(CONTINUACIÓN)

3 Junio.—El Ayuntamiento de Madrid discutió ampliamente los gastos del Corpus. Hubo diversas opiniones, desde la que sostenía que no se omitiera gasto por ser la primera vez que la Reina iba a ver los autos, hasta la que sostenía que fuesen éstos suprimidos, por entender «no ser sacrificio a Dios el que se hace por medio de farsantes, mayormente habiendo texto canónico expreso que dice, que aun dádiva de cosas propias hecha a dichos farsantes no es virtud sino vicio gravísimo». Al fin se acordó pedir al Consejo diera licencia para gastar lo que faltaba de las sisas más desembarazadas».

5 Junio.—Se dió cuenta en sesión del Ayuntamiento de Madrid, para gastar en las fiestas del Corpus los nueve cuentos que se gastaron el año anterior, menos 54.000 reales que se debían bajar por razón del menor valor de la plata y de la cera, trasladándose el mandato a los Regidores Comisarios de los Autos.

9 Junio.—En celebridad de los años del Sr. Emperador, se representó en Palacio, ante S. M., la comedia de Calderón de la Barca *El Conde de Lucanor* y una loa de D. Juan Bautista Diamante, tomando parte la compañía de Manuel Vallejo. Los gastos importaron 2.937 reales.

Junio.—Se representaron en Madrid los autos del Corpus, que fueron *Andrómeda y Perseo* y *Lo que va del hombre a Dios*, aunque éste no es seguro, ambos de Calderón, a quien se libraron 5.800 reales. Trabajaron las compañías de Manuel Vallejo y Jerónimo García. He aquí las listas.

Compañía de Manuel Vallejo

Damas

- 1.^a Manüela de Escamilla
 - 2.^a María de Cisneros
 - 3.^a Bernarda Manuela
 - 4.^a Josefa Nieto
 - 5.^a María Francisca
- Luisa Fernández (Sobresalienta)

Galanes

- | | |
|------------------------|----------------------|
| 1. ^o | Alonso de Olmedo |
| 2. ^o | Manuel Angel |
| 3. ^o | Manuel de Mosquera |
| 4. ^o | Pedro Vázquez |
| 1. ^{er} barba | Francisco García |
| 2. ^o id. | Andrés de Cos |
| Gracioso | Antonio Escamilla |
| Id. | Manuel Vallejo |
| 2. ^o id. | Juan de Malaguilla |
| Vejetes | Francisco de Fuentes |
| Músico | Gregorio de la Rosa |

Compañía de Jerónimo García

Damas

- 1.^a Fabiana Laura
 - 2.^a Josefa de Morales
 - 3.^a Josefa de San Miguel
 - 4.^a Sebastiana Fernández
 - 5.^a María Laura
- Sobresalienta—Luisa López

Hombres

- | | |
|------------------------|-------------------------|
| 1. ^{er} Galán | Agustín Manuel Castillo |
| 2. ^o id. | José del Prado |
| 3. ^{er} id. | Bernardo Pascual |
| 4. ^o id. | Pablo Polope |
| 5. ^o id. | Vicente Salinas |

1. ^{er} Barba	Pedro Soriano
2. ^o id.	Francisco de la Calle
	Juan Francisco
Arpista	Valerio Malaguilla
Gracioso	Jerónimo García
2. ^o id.	Salvador de la Cueva
Apuntador	Juan Rodríguez
Cobrador	Felipe Ordóñez
Guardarropa	Gabriel Francisco

Agustín Manuel seguía preso por deudas y se le otorgó moratoria por otro año.

14 Julio.—Tomó el hábito de agustino descalzo, en Lisboa, el poeta Fray Félix del Espíritu Santo, jurisconsulto, que escribió cinco autos sacramentales.

Octubre.—Murió el autor dramático Maestro D. Manuel de León Marchante, natural de Pastrana. Estudió filosofía en Alcalá y fué Capellán de S. M., Notario del Santo Oficio y Racionero de la Iglesia de San Justo y Pastor de Alcalá, en la que fué sepultado. Entre sus mejores entremeses, citaremos: *El gato y la montera*, *Refugio de los poetas*, *El abad del Campillo*, *Los Espejos*, *La pulga y la chispa* (Baile). Escribió varias comedias, algunas en colaboración con el P. Diego Calleja.

4 Noviembre.—D. Melchor Fernández de León escribió y publicó su zarzuela: *Venir el amor al mundo y labrar flechas contra sí*, dedicada a Carlos II y que se representó en los días de este Monarca.

1680

(?).—Enamorado el Duque de Linares de la comedianta Josefa Nieto, no sólo la retiró del Teatro, sino que gestionó fuese desterrado su marido, que era el Cobrador de uno de los Corrales, llamado Gaspar Fernández. De ella tuvo el Duque dos hijos y la sostenía con gran lujo, cediéndola una buena renta.

Murió en Lisboa, su patria, el poeta Antonio Fernández de Barros, autor de varias comedias castellanas que no llegaron a imprimirse.

Murió la comedianta Jerónima Chirinos o Chirinos.

Murió la primera dama Jacinta de Herbias, mujer del autor Luis López. Estuvo en la compañía de Juan Martínez. Era ya anciana.

Murió en Lisboa la comedianta Clara Camacho, hija de Magdalena López. Representando un auto sacramental, se sintió atraída hacia la

vida religiosa, dejando el Teatro y siendo modelo de piedad y fervor en sus últimos años. Era notable primera dama.

Falleció, muy anciana, la comedianta María de Peralta, mujer de Juan Bezón.

Actuó en Zamora la compañía de Gonzalo de Espinosa, al que se concedió por la ciudad una ayuda de 500 reales.

Volvió a Valencia la compañía de José Verdugo, llevando a Fernando de Salas, de galán.

Actuó en Granada la compañía de Félix Pascual, que llevaba como dama a Felipa María, *la Titiritera*, y además a Margarita Zuazo, como 4.^a, y como 5.^a a Antonia Baldira.

1681

20 Enero.—El inmortal D. Pedro Calderón de la Barca, aprobó, con frases muy laudatorias para el autor, el libro *Cythara de Apolo* de D. Agustín de Salazar y Torres, que contenía dos loas y los bailes *Los Elementos, Amor y desdén, Hermosura y discreción, Amor y celos* y *El juego del hombre*.

11 Febrero.—Para festejar las bodas del Rey Carlos II, representaron los estudiantes del Colegio Imperial, en presencia de S. S. M. M., la comedia del P. Pedro de Fomperosa y Quintana, *Vencer a Marte sin Marte o Cadmo y Armonía*.

19 Febrero.—La Junta de Teatros de Madrid conminó con el pago de 500 ducados y 10 años de presidio a los autores y actores que formasen compañías o se inscribiesen en ellas para fuera de Madrid antes de que se ejecutasen en la corte los autos del Corpus.

Febrero.—Con motivo de las bodas del Rey Carlos II se representó en Valencia una comedia de D. Pedro Calderón y el baile entremesado: *El Amor y la Esperanza en Palacio*, de D. José Ortí y Moles.

25 Marzo.—Se ordenó por la Junta de Teatros de Madrid a los autores Manuel Vallejo y Jerónimo García, presentasen las listas de compañías para representar los autos del Corpus. García se excusó por falta de recursos.

26 Marzo.—Se otorgaron en Madrid, ante el Escribano Juan Eugenio Abad, las escrituras de compromiso para representar los autos del Corpus las compañías de Manuel Vallejo y Juan Antonio Carvajal. Formaban la primera Manuela Escamilla, María de Cisneros, Josefa Nieto, María Francisca, María de Anaia, María de Fonseca (Sobre-

saliente), Alonso de Olmedo, Jusepe del Prado, Cristóbal Caballero, Pedro Vázquez, Manuel de Mosquera, Andrés de Cos, Antonio Escamilla, Manuel Vallejo, Francisco de Fuentes, Gaspar de Olmedo, Gregorio Ros (Músico), Juan de Malaguilla, Juan Francisco (Apuntador) Juan Vázquez (Guardarropa) y Gaspar (Cobrador).

La de Carvajal la formaban: Josefa de Morales, Paula López, Bernarda Manuela, Teresa de Robles, Francisca de Borques, María de los Santos (Sobresaliente), Bernardo Pascual, Manuel Angel, Juan Simón, Rosendo López, Soriano (Barba), Francisco de la Calle, Jerónimo García, Carlos el Chambergo, Juan Francisco, Juan Antonio de Carvajal (Músico), Valerio Malaguilla, Juan de Sequeira, Salvador de la Cueva (Apuntador) y Gabriel Jerónimo (Guardarropa).

Marzo.—En la Academia del Alcázar de Valencia, se representó la zarzuela *No puede haber dos que se amen*, del Conde de Cervellón, autor también de la obra: *De la piedad nace amor*. Se representó en esta fiesta, que fué en día de Carnaval, una *Loa* de D. J. Orti y Moles.

7 Abril.—Empezó en Valencia la compañía de Agustín Manuel. Como dama iba Felipa María la *Titiritera* y además Ana de Andrade, como 3.^a dama, y como 5.^a Ana de Figueroa.

10 Abril.—Los autores Manuel Vallejo y Juan Antonio Carvajal, ratificaron ante el Notario de Madrid Juan Eugenio Abad, las escrituras comprometiéndose a representar los autos del Corpus. Estos fueron *La Filothea* y *El Cordero de Isafas*, de Calderón.

24 Abril.—Se firmó escritura en Madrid ante Martín Verdugo, comprometiéndose Domingo de Brea, Gabriel Jerónimo y Juan Bautista Fernández, a construir ocho carros para el auto *La divina Filothea*, en precio de 12.000 reales. Además se entregaron a Brea 11.600 por la obra de dos tablados para Palacio y los Consejos.

1 Mayo.—Murió en Padua Fray Francisco Macedo de San Agustín, primero Jesuita y luego Franciscano. Acompañó a la embajada que Juan IV de Portugal envió a Roma, París y Londres. Escribió cuatro comedias latinas, imprimiendo la titulada *Orpheus*. Residió en Madrid.

19 Mayo.—Los Comisarios y Junta de las fiestas del Corpus de Madrid, mandaron entregar a D. Pedro Calderón de la Barca 5.800 reales por los autos que escribió, y eran *La divina Filothea* y *El Cordero de Isafas*.

25 Mayo.—Murió en la casa que hoy lleva el n.º 95 de la Calle Mayor de Madrid, el poeta D. Pedro Calderón de la Barca. Su entierro fué solemnísimos, concurriendo más de 3000 personas con hachas.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR
Académico C. de a Real de la Historia

(Continuará)

Amor nuevo

Rafaela: siento rumor de cantares
que salen del fondo de aquella cabaña;
así es nuestra vida cuando no hay pesares,
así es nuestra España cuando triunfa España.

Verás: me contaron aquellos pastores
en la rampa augusta del otero triste,
una de esas bellas baladas de amores
en donde el cariño más robusto existe,
porque sus raigambres echólas tan hondas,
y crecieron tanto por estas llanuras,
—llanuras benditas que tienen oasis de gélidas frondas—
y crecieron tanto por las rumorosas, tristes espesuras,
de los montes santos, de la vida santa,
que yo las bendigo, que yo las venero,
que mi lengua canta

porque yo las amo, porque yo las quiero...

Verás, Rafaela: el disco sangriento del sol ya declina,
y por el espacio se encuentran las notas de los caramillos
que ruedan y ruedan, colina y colina...

Y al pie de una rampa, dos flores silvestres, que son pastorcillos,
qué cosas tan tiernas se cuentan, si vieras...
El zagal le dice: «¡Te quiero, pastora!...»
La zagala dice: «¡Si tú me quisieras!...»

Y de un amor nuevo despunta la aurora,
como la esperanza despuntó en las eras,
entre el misterioso ladrido imponente,
que se nos antoja mugido de fieras,
entre los balidos de los recentales,
con el traqueteo de los viejos carros,
y entre el susurro de los chopatales,
y entre la alegría de los mozos charros
que, herramienta al hombro, cruzan los eriales;
cruzan los eriales como peregrinos cantores del llano,
llevando en el alma los ecos solemnes, los ecos marciales
de aquellas mesnadas, mesnadas triunfales
de nuestro glorioso solar castellano...

Peregrinos cantores;

yo soy vuestro hermano,

que augura a Castilla los tiempos mejores
de pródiga mano,

cuando eran las cepas las fuentes divinas de las onzas de oro,
cuando eran los trigos vergeles de plata, de luz y alegría,
y cepas y trigos cantaban a España, el himno sonoro
de su valentía...

Cantores del llano, mirad en la rampa los dos pastorcillos,
 que el disco sangriento del sol ya declina,
 y por el espacio se encuentran las notas de los caramillos
 que ruedan y ruedan, colina y colina...
 Cantad, trovadores, que de un amor nuevo despunta la aurora...
 Oye, Rafaela: qué cosas tan tiernas se cuentan, si vieras...
 El zagal le dice: «¡Te quiero, pastora!...»
 La zagala dice: «¡Si tú me quisieras!...»

A. GARRACHÓN BENGOA

Palencia

Gils, buscador de Felicidad

Gils dejó su aldea para correr el mundo, impulsado por un deseo inexpresable y nunca por él comprendido exactamente: La Felicidad.

Siguió un camino pendiente y pedregoso. Su aldea se extendía eglógica y tranquila con sus casitas desparramadas entre las viñas que el río reflejaba. Idealizada por la distancia, creyóla un paraíso ingenuo, parecióle que allí el no ser feliz era un pecado, y quiso volver, pero acordóse de Stuck el sastre, Hans el síndico y Michel el carnicero, borrachos impenitentes, infatigables camorristas, que le eran tan repulsivos, y anduvo un corto trecho. Dudó: acaso la Felicidad por él buscada sólo de lejos existiría, y al acercarse, en todas partes habría Stucks, Hanses y Micheles... Una voz misteriosa le decía: Es el mundo a modo de isla dorada: todos son felices menos tú...

Crejólo, y marchó mirando el sol naciente, que, socarrón, le hizo estornudar en medio de sus entusiasmos.

Fué un caminar de días y días sin descanso, y al cabo penetró en un bosque. La niebla fingía en las hayas extrañas visiones. Era la noche muy oscura. La claridad azul de un gusano de luz brillaba entre las mentas aromosas. Se apartó para no pisarle.

Y el verle, con debil vocecilla, dijo:—¿Qué buscas, Gils?

—La Felicidad.

—Búscala en tí y no fuera de tí. Eres compasivo (pues no me has aplastado) y no serás dichoso en tu comercio con las gentes.

La voz misteriosa clamó indignada:—No le creas, aplasta ese gusano.

Alejóse. Venía por la selva, opuesto a él, un guerrero. Era atlético y de facciones serenas, casi dulces...

—¿Qué buscas, Gils?...

—La Felicidad.

—¿Y has dejado tu aldea?... Lo mismo hice yo y pasé años ha por esta selva oscura de la Incertidumbre; en ella hay muchos caminos que seguir... La ciencia, el amor, la guerra... El mío fué éste, juzgaba noble y santa la gesta, y fui a matar infieles, ardiente de rencor contra los que imaginaba monstruos... pero, tras luengo batallar, vi que ni eran infieles ni monstruos, pues son dulces y buenos y fieles a su Dios, y el odio se fué desvaneciendo en mi alma cual un horrible espectro al nacer el sol, y dije: «Bienaventurada la guerra, porque purga el espíritu de malas pasiones», y así, cuando dos pueblos se odian, no debe evitarse que luchen, pues de este modo conocerán sus mutuas virtudes y se amarán, y piensa que todos los daños materiales no valen lo que el más simple pensamiento... Ya ves, Gils, buscaba la Felicidad, y sólo he hallado esta sabiduría, y ahora, con el alma serena, vuelvo a mi aldea, que igual es a la tuya. Si quieres haremos juntos el camino.

—Busco la Felicidad, que no está allí, pues viven Stuck el sastre, Hans el síndico y Michel el carnicero, que son ruines almas.

—En todo lugar las hallarás: aprende a despreciarlas y a perdonarlas y será tranquilo tu existir.

Dijo la voz misteriosa:—No le creas: habla así porque no consiguió enriquecerse en la guerra, pero en el fondo de su alma anidan las sierpes de la envidia.

Siguió andando y encontró a un fraile.

—¿Qué buscas, Gils?

—La Felicidad.

—No es la tierra su lugar. Nuestras vidas son caminos de perfección sembrados de abrojos que nos llevan al fin supremo... Al llegar, poseerémosla, mas al presente nuestros pies sangran y ante nosotros sólo hay cielos grises y desiertos... Para que este yermo brote rosas, ha de regarse con la sangre del alma, el amor... Que tu alma se desangre por los seres y por las cosas...

Y este estrambote puso la voz misteriosa:—Sobre todo si son mujeres hermosas.

Siguió adelante.

Un doctor sentado sobre un grueso infolio, examinaba con una lupa las pequeñas hierbas. Al tropezarle Gils, encolerizóse.

—¿Por qué me molestas?... ¿qué buscas?...

—La Felicidad.

—¿Qué clase de planta es esa que no conozco?... Jamás oí hablar de ella...

—No es una planta, es un deseo de nuestra alma...

—¿De nuestra alma?... ¿pero qué es eso que tú llamas alma?... Discurrámos: has dicho *nuestra*, ergo nosotros la tenemos; ahora bien, nosotros somos hombres, luego el *alma* es patrimonio de los hombres; ahora bien, yo soy hombre, luego también es patrimonio mío...

¡Oh, prodigiosa sapiencia, divina Metodología! Merced a tu nunca bien ponderado silogismo, ha retornado la razón al punto de partida del que no tenía la menor necesidad de salir.

Prosiguió el doctor:

—...sin embargo yo nunca la he visto...—

—No resulta eso fácil, puesto que es un espíritu...

—¿Espíritu?... ¡Ah!... ¡Acabáramos!... ¿Tú has visto algún espíritu?...

—No.

—Pues si no le has visto, ¿por qué crees en él?... Pero si la Felicidad es, según dices, un deseo del espíritu (cosa por ti no vista y en la que no puedes racionalmente creer)... ¿por qué la buscas?... No existiendo el objeto, ¿cómo podrán existir sus propiedades?... Me has hecho perder un muy hermoso tiempo... No estoy aquí para convencer orates... Sigue tu camino... Pero me pareces un buen muchacho, exento de la menor experiencia, y te daré un consejo: la vida no es sino actos, actos y actos, mal hilvanados, que suceden porque sí, sin método ni fin, por lo tanto vacíos... Si existiese la Felicidad, ese sería nuestro fin, y la vida tendría alguna justificación... Moraleja: es inútil pedir peras al olmo... Resumen: vuelve a tu pueblo y cava la tierra, conviértete en máquina agrícola, como yo en estudiosa, piensa lo menos posible, vivirás tranquilo y echarás buenas carnes.

Dijo la voz misteriosa:—Deja a ese necio a quien, quizá por atavismo, tanto enamoran las hierbas.

Siguió caminando por caminos tortuosos. Tropezaba con las raíces de los árboles; era ya el fin de otoño y caían las hojas muertas.

Cantaba un ruiseñor y le decía:—¿Qué buscas, Gils?

—La Felicidad.

—Cosa difícil es de hallar, y yo creo que, completa, no existe. Nuestra vida es como esas páginas que escriben los niños en la escuela: son de torpes palotes y de cuando en cuando, sin comprender el porqué, encontramos bellos rasgos que la mano del maestro ha trazado... Tendrás momentos felices, pero no olvides que son sólo momentos, y que «en el gran libro de la vida, la mano del Maestro trazó esos bellos rasgos entre tus palotes»...

A éste, como tenía sus visos de poeta, la voz misteriosa, no dándole importancia, omitió la apostilla.

Siguió caminando y encontró una doncella hermosa. Era de una blancura enferma, el cuello desnudo y esbelto y unos ojos negros, entristecidos y ardorosos.

—¿Qué buscas, Gils?

—La Felicidad.

—Ven, mi lecho es blanco, y por la abierta ventana entra un haz de luna.

Era la tentación. Su mente, repleta de textos salomónicos vilipendiantes de la mujer, sentía un horror repulsivo por el monstruo, ¡pero... era tan bello!... Miró a lo alto: el cielo azul, un tanto argentino, se veía por entre las ramas peladas de los árboles blancos de luna.

—Es un poco flaca—dijo la voz misteriosa.

Caminó, pero Gils, el incansable andariego, rendido, agotado, sentóse bajo un árbol y durmió. Despertóle una mano huesuda, tocándole en el hombro y vió ante sí un esqueleto, sin más traje que un solideo en la cabeza monda.

—¿Qué buscas, Gils?

—La Felicidad.

—Ven conmigo.

—Tú eres la Muerte, no la Felicidad.

—Quieras o no has de venir conmigo... ¡Y al fin, qué!... Renunciaste los goces, desoiste sabios consejos, eras irresoluto y todo lo encontrabas mal... Lo mejor que puedes hacer es morirte... Reposo hallarás en mí...

Dijo la voz burlona:—Mi labor contigo ha terminado; voy por otro...

—¿Quién es esa voz?...—demandó Gils a la Muerte.

—Es el Diablo, que, como habéis destruído con vuestros microscopios y vuestros cálculos su infierno de ultratumba, se ha trasladado a la tierra y os atormenta con deseos.

Gils no sintió repugnancia ni temor por aquel armazón de huesos carcomidos por la vejez, tanto, que costillas y espinazo se ligaban por alambres. Ofrecióle gentilmente su brazo y dejóse guiar.

Y la Muerte le decía:—Estas noches son un poco frías y gracias a este solideo que hurté a un canónigo no cojo un resfriado que me lleve Pateta... Ven por aquí, pues bajo ese árbol, forrados en el manto negro, me he dejado la guadaña y el reloj de arena que me cohibían mucho para andar.

LUIS G. SANTA MARINA

Registro bibliográfico

El tomo II de la *Historia de la lengua y literatura castellana*, de D. Julio Cejador, es una brillante continuación de esa gran obra que llena un vacío en nuestras letras.

Comprende la época de Carlos V, y, lo mismo que el primer tomo, asombra por lo copioso de la erudición, por el orden admirable de las materias, por lo certero de los juicios. Léase, por ejemplo, lo que dice el Sr. Cejador acerca de Juan de Valdés, del maestro Juan de Avila o de D. Diego Hurtado de Mendoza, y se conocerá de cuerpo entero la figura literaria de estos escritores.

Lo vasto del plan no impide al ilustre autor del *Tesoro de la lengua castellana* dedicar a cada prosista o poeta cuatro rasgos vigorosos, definitivos, llenos de verdad y de expresión. Y al lado de la parte biográfica y crítica, podrá el lector encontrar una abundantísima bibliografía, que le orientará en el amplio y feraz campo de nuestra literatura clásica.

Repetimos ahora lo que dijimos al hablar del primer volumen de esta obra. Hacía mucha falta que con cierta extensión, y con conocimiento perfecto de las investigaciones modernas, se escribiera la historia de la literatura española. En deseo tan vivamente sentido ha venido a colmar las medidas el sapientísimo catedrático de la Universidad Central.

Después de escritas las anteriores líneas, se ha publicado el tomo III de la misma obra.

Refiérese al reinado de Felipe II, y la excepcional importancia de este período literario ofrece amplio campo al Sr. Cejador para desenvolver su inagotable erudición y su crítica concienzuda. Sólo la parte del capítulo primero dedicada a trazar el carácter del siglo, encierra un estudio realmente prodigioso.

¿Y qué decir de los capítulos destinados a los diferentes autores de la época? Hállanse en este volumen figuras tan culminantes como Fray Luis de León, Santa Teresa, Herrera, Góngora y Cervantes, y todas ellas surgen ante el lector llenas de verdad y de vida. Difícilmente se podría, aun dedicando a cada uno de ellos mucho más espacio, dejar mejor determinada su personalidad literaria.

Las páginas dedicadas a Cervantes, especialmente, podrían por sí solas formar un libro. Cejador, que en su *Gramática y Diccionario del Quijote* estudió con los poderosos recursos de su saber la lengua de Cervantes, ha penetrado hasta lo más hondo en la obra del manco inmortal.

Y ahora, solamente deseamos una cosa: que Cejador no limite el número de tomos de su *Historia* como lo pensó en un principio, y que haga el estudio de los siglos sucesivos con la misma amplitud, por lo menos, que los hasta aquí examinados.

* * *

Entre los escritores de nuestra Castilla, Juan Diaz-Caneja ocupa lugar preferentísimo. Si en las lides de la oratoria su verbo cálido arrebató y seduce, en el vagar de la prosa escrita éntrase a los más ocultos rincones del espíritu.

Con su novela *La cumbre* había asentado Diaz-Caneja su reputación de narrador. Ahora nos deleita con los relatos de *Cumbres palentinas*, llevándonos a los pintorescos paisajes que se avencinan a tierra de Santander.

El librito *Cumbres palentinas* es sencillamente un primor. La misma delicadeza, la misma *souplesse* que se advierte en la presentación del lindísimo libro, espárcese por todas las páginas de él. Cuenta Diaz-Caneja sus excursiones, entre turista y observador, por la montañas palentinas, pero las cuenta llana, naturalmente, como si tomándonos de la mano nos llevara en su compañía y nos dijera:—«Mirad: ese es Triollo; ese es Curavacas; ved en lontananza los Picos de Europa...». Y no se contenta con acompañarnos, sino que hace también que nos acompañen los zagales de la tierra, los gañanes, los cazadores, y que nos hablen mano a mano, como hablan en sus aldeas y en sus montes.

Manjar, en suma, *Cumbres palentinas* de los que dejan el delicioso tástillo de la verdad y la belleza.

* * *

El profesor de la Habana D. José A. Rodríguez García, cuya portentosa fecundidad nos deleita a cada momento con obras admirables, ha publicado últimamente dos bien dignas de su pluma: *Esbozos críticos* y *De la Avellaneda*.

Es la primera una colección de artículos publicados en *Cuba Intelectual*, la primorosa revista que el sabio profesor sostiene en la capital de aquella repú-

blica. Los trabajos que dedica el Sr. Rodríguez García al estudio de Menéndez Pelayo, de Julio Calcaño, del Dr. Bjorkman, de Mistral, de otros varios autores, son gallardas muestras de una crítica ecuaníme, honrada, libre de prejuicios y sustentada en los más sólidos cimientos estéticos.

El otro libro publicado por el catedrático de la Habana es, como dice con razón el Sr. Cotarelo, «el mejor que hoy tenemos acerca de la Avellaneda.» Es un volumen de 523 páginas, y en tan extenso trabajo no hay nada que huelgue. Desenvuelve en primer término el Sr. Rodríguez García la biografía de la insigne poetisa cubana; traza a continuación interesantes rasgos psicológicos e iconográficos; estudia luego el juicio que sobre la Avellaneda formó la crítica, así la de su tiempo como la posterior; pone, en fin, oportunísimas acotaciones a varias obras de la Avellaneda, examinando algunas poco o nada conocidas y consignando sobre todas ellas curiosos pormenores. Un índice de gran utilidad bibliográfica cierra el libro.

Es éste una nueva presea que agregar al riquísimo tesoro literario del profesor cubano.

* * *

El tomo II de la *Historia de Burgos*, de que es autor el cronista de aquella ciudad, D. Anselmo Salvá, constituye una digna continuación de esta obra, bajo tan buenos auspicios comenzada.

Abarca este volumen el período comprendido desde D. Fernando, primer rey de Castilla, hasta Sancho IV el Bravo, y correspondiendo a una época tan importante para nuestra historia, alcánzase cuán interesante ha de ser también el tomo de referencia.

Si en su aspecto histórico es merecedor de encomio el trabajo del Sr. Salvá, no menos hay que dedicársele por las condiciones de su estilo, suelto y ameno, bien alejado de los amazacotados bloques de prosa que en obras de esta naturaleza suelen fatigar y aun asustar al lector.

Esta obra, en resumen, una vez terminada, constituirá la más extensa, ordenada y concienzuda historia que hasta la fecha se ha escrito de la noble ciudad del Arlanzón.

* * *

El P. Constancio Eguía, en quien la laboriosidad corre parejas con la cultura y el buen gusto literario, ha publicado un tomo de *Lecturas predicables*.

El P. Ramón Ruíz Amado, prologuista del libro, tiene razón sobradísima. «Por ventura—dice, refiriéndose a la predicación,—lo menos dificultoso de ella es enseñar las verdades dogmáticas y morales. Más difícil es deleitar a los oyentes de suerte que no se hastíen y alejen del sagrado manjar. Pero ofrece dificultad mayor todavía, moverlos a la práctica de lo que un concienzudo predicador tiene obligación de enseñarles y persuadirles.»

Y esta es precisamente la gran excelencia del P. Eguía. En sus *Lecturas predicables*, la enseñanza va envuelta en una sencillez deleitosa, en un encanto que subyuga, en un lenguaje diáfano y transparente. ¿Y había de hacer otra cosa quien es a la vez un literato, un crítico y un poeta?

* * *

Uno de los escritores que con más ahinco y mayor brillantez cultivan el campo de la historia literaria, es D. José de Armas y Cárdenas. Su exquisita sutileza perceptiva le permite, traspasando la parte externa de los libros antiguos

y nuevos, penetrar en su intimidad, extraer su sustancia e identificarse con el espíritu del que los produjo.

Esto se echa de ver, como en todos sus libros, en el que acaba de publicar bajo el título de *Historia y Literatura*. Es una serie de artículos vibrantes, expresivos, que se mueven a la evocación de cosas pretéritas. Tanto de los españoles que fueron—Miguel Servet, Don Hernando de Acuña,—como de los extranjeros que dejaron huella perenne—Montaigne, Erasmo, La Rochefoucauld, otros más,—el Sr. Armas trae animadas memorias, tenuemente envueltas en el transparente cendal de su comentario. La simple lectura de un libro sugierele observaciones hondas, originales, que tejen una finísima trama psicológica. La inquieta mirada de este escritor conspícuo entra en las almas con una intensidad que nada tiene que envidiar a la de Taine y Sainte-Beuve.

* * *

El competente crítico uruguayo Mario Falcao Espalter ha dado a la estampa, editada por la casa Luis Gili, de Barcelona, una colección de artículos que se titula *Del pensamiento a la pluma*.

En la varia materia de que tratan estos artículos, exterioriza evidentemente el Sr. Falcao su sagacidad crítica, con amplitud versada en cuestiones literarias y sociales. La profundidad de conceptos del Sr. Falcao, muéstrase, por otra parte, allí donde el meritisimo escritor se espacia presentando máximas y sentencias tan concisas como exactas.

* * *

La misma casa editorial de Luis Gili ha publicado un utilísimo *Método taquigráfico*. Quien desee imponerse en este conocimiento, de tanta aplicación y conveniencia, tendrá un auxiliar insustituible en el método que nos ocupa.

* * *

La *Biblioteca Studium* sigue dando a luz en la Habana muy importantes obras. Entre las últimas publicadas figuran las siguientes:

Bronce latino. Forman este libro cien hermosos sonetos del poeta colombiano J. B. Jaramillo Meza. El brío y la originalidad palpitan en todos ellos. Sirva de ejemplo el siguiente, titulado *Versos de otoño*:

¡Poetas, a soñar! Los vientos traen
de los montes lejanos las aromas,
y los espectros de las hojas caen
en la melancolía de las lomas.

Bajo las vespertinas pesadumbres
se rompen en el lago las espumas,
y se entreabren en las altas cumbres
los blancos abanicos de las brumas.

Llegó el Otoño. En el frondaje oliente
canta el arroyo melodiosamente
sus coplas de cristal en las barrancas.

¡Que vuelen nuestras trovas peregrinas,
olorosas a dalias campesinas,
como regueros de cigüeñas blancas!

El precipicio. Poema, por Lino Villar. Es un interesante poema, escrito casi totalmente en octavas reales. Dice con razón el autor que «los versos son

rigorosamente clásicos por su forma, pero que expresan ideas y sentimientos hijos de la época en vivimos.»

El hombre fuerte. Drama original de José Antonio Ramos. Es Ramos un autor dramático muy conocido, que cultiva el teatro en sus orientaciones modernas. *El hombre fuerte* es una obra intensa, donde a la emoción dramática se junta el análisis psicológico.

Ala. Poesías, por Agustín Acosta. Este poeta de Matanzas goza de justa fama por su robusta y original inspiración. El libro *Ala*, revolucionario en cuanto a la forma, está sembrado de bellezas. Juzguen los lectores si no es un poeta genial quien escribe el siguiente soneto:

Noche primaveral. En la infinita
ventura de la noche, tu mirada,
con una inquieta turbación de cita,
vagó por la penumbra desolada.

Y en la penumbra desolada y bella,
con solemne belleza misteriosa,
alba rosa de luz, se abrió una estrella,
la estrella del amor maravillosa...

Entre la estrella y tú se perfilaba
un hilo de amorosa simpatía
que de dudas mi espíritu llenaba;
pues viendo el hilo aquel, yo no sabía
si era un fulgor de estrella... que bajaba,
o un rayo de tus ojos... que subía.

* * *

La *Biblioteca de Autores Cubanos*, que en la Habana publica Jesús Montero, se ha enriquecido con dos nuevos libros: *Bocetos y recuerdos*, de Luis Adam Galarreta, y *Aspectos nacionales*, de Carlos de Velasco.

El primero de ellos, como puede deducirse del título, es una colección de artículos, escritos en circunstancias y tiempos diversos, y que tratan por lo general de política, ciencia y literatura. Muy interesantes son los que encierran recuerdos personales del autor, desde sus estudios universitarios en Santiago de Galicia hasta sus campañas en el parlamento cubano.

D. Carlos de Velasco, individuo de la Academia de la Historia de la Habana, director de la importantísima revista *Cuba Contemporánea*, ha coleccionado también muchos de sus artículos en el segundo de los libros citados. Todos los problemas palpitantes en la república de Cuba desfilan por las páginas del tomo *Aspectos nacionales*, y todos iluminados por la amplia cultura y vasta comprensión del Sr. Velasco, que a un cabal conocimiento de aquellos asuntos junta el más perfecto sentido de la realidad.

* * *

La casa Sopena, de Barcelona, ha puesto a la venta una edición del *Quijote*, en la cual bajo un tomo, y por el precio de una peseta, se dan las dos partes del libro inmortal.

Realmente es un admirable alarde editorial el que supone facilitar de este modo la adquisición del *Quijote*, máxime si se tiene en cuenta que la edición está perfectamente presentada y con esmero atendida la parte del texto.

Lleva un notable prólogo del escritor vallisoletano D. Albino Herrero Miguel.

* * *

Al amor de la lumbre se titula una colección de cuentos publicada por el joven escritor D. Julio Caballero.

Estos cuentos, que están hábilmente enlazados por una ficción común, revelan en su autor gran dominio del lenguaje, disposición manifiesta para el relato novelesco y claro despejo de fantasía. Es un feliz anuncio de lo que puede hacer el Sr. Caballero en su carrera de escritor.

* * *

Mondariz.—Vigo.—Santiago. Bajo este título han publicado los propietarios de las aguas de Mondariz, incansables en sus propósitos de engrandecer aquel balneario, una interesante guía, no sólo útil para el turista, sino digna de encomio desde el punto de vista literario y artístico.

* * *

La casa editorial de D. Miguel Casals, Barcelona, ha dado al público la tercera edición del libro *Fundamentos de cultura literaria*, original del P. Esteban Moréu.

El hecho de que en poco tiempo se hayan agotado dos ediciones, indica por sí solo el mérito de este libro. Es, como el título indica, un tratado de Retórica y Poética, muy bien ordenado e ilustrado con oportunos ejemplos.

* * *

Publicado por la misma casa editorial, ha aparecido un interesante libro original del P. Pedro Planas Quintá, y que se titula: *Historia interna de Napoleón I y su época*. El Dr. Sardá y Salvany da cabal idea de lo que es este libro en las siguientes líneas de la *Revista Popular*: «Es cuadro general y acabado de un período histórico, en que todo lo llena el hombre genial y extraordinario que supo imprimirle su carácter. Para esta vastísima síntesis ha puesto a contribución el erudito historiógrafo cuanto sobre el héroe y su tiempo se ha escrito durante su dominación y después de ella por autores de diversos criterios y escuelas, admiradores fanáticos unos, no menos que fanáticos detractores otros, contribuyendo todos a formar en la imaginación popular lo que muy propiamente se ha llamado «Leyenda Napoleónica», caso excepcional en la historia el de que se forme leyenda dentro la fría órbita de los mismos sucesos contemporáneos, cuando lo ordinario es que las leyendas sólo se forjen en la lejanía.»

ADVERTENCIA

A PARTIR DEL PRESENTE NÚMERO, LA REVISTA CASTELLANA PASARÁ A SER MENSUAL.

LOS SEÑORES QUE SE SUSCRIBIERON POR UN AÑO DESDE LA FUNDACIÓN DE LA REVISTA, RECIBIRÁN LOS NÚMEROS DE NOVIEMBRE Y DICIEMBRE, QUE COMPLETARÁN AQUELLA SUSCRIPCIÓN.

LAS CONDICIONES DE LA NUEVA SUSCRIPCIÓN SE ANUNCIARÁN EN EL NÚMERO DE DICIEMBRE.